

LAS SILLAS

El destino de Emilia era una silla. Ese era su sitio en la familia.

La silla estaba pegada a la pared. Se esperaba que la niña estuviera allí. Cuando alguien, raramente, preguntaba por ella, le respondían:

—En la sala, en su silla.

Se paraba de espaldas a la silla. Se recogía las faldas para sentarse. Y se sentaba. Se alisaba las polleras y la blusa para evitar cualquier arruga. La prolijidad antes que nada.

Sabía cómo tenía que permanecer: recatada, modesta. Los hombros erguidos, derecha. En las manos, siempre, un bastidor para bordar. O un rosario.

Bordaba con esmero. Sacaba el aro exterior del bastidor aflojando el tornillo. Ponía la tela en el centro. Colocaba el aro interior. Ajustaba de nuevo el tornillo. Cuidaba que la tela estuviera bien estirada, tenía que estar tensa como un tambor. Le habían enseñado que, si lanzaba una moneda, tenía que rebotar.

Abría el costurero (tenía un costurero propio, repleto de hilos de todos los colores). Elegía uno. Y lo enhebraba. Era increíblemente diestra para eso. Tomaba la aguja entre el pulgar y el índice, la ponía contra la luz para ver con nitidez el ojo de la aguja, chupaba la punta del hilo para facilitar el enhebrado y, zas, la hebra pasaba por el mínimo agujero como si fueron amigos de toda la vida.

Tomaba el bastidor con la mano izquierda, la aguja con la derecha. Y, rítmicamente, como si fuera una música, iba pasando la aguja de arriba y de abajo.

A veces, había un accidente: el hilo que acababa de pasar, tan contento, se retorció y el punto no quedaba como debía ser. Hábilmente, entonces, dejaba caer la aguja. De esa forma, el indeseado gusanito de color que se había formado volvía a su posición de hilo sensato.

Pasaba varias horas allí, en su silla de la sala, absorta. Bordaba y bordaba, bordaba incansablemente. Lo hacía muy concentrada, como si fuera la tarea más importante del mundo. Y, de algún modo, lo era.

Cuando la niña aprendió a bordar, María Natividad, la abuela que le había enseñado, le dijo:

—Ya estás hecha una mujercita, Emilia.

Sabía bordar, ya no era una nena. Sería una mujer completa solo cuando se casara.

En el Buenos Aires colonial era costumbre que, antes de casarse, las novias bordaran sábanas, camisas de lino con encajes, camisones, calzones y una bata de tela de Holanda, que era muy suave, para la noche de bodas.

Las niñas se desposaban antes de los diecisiete, a menudo a los catorce, así que debían empezar a preparar tempranamente su ajuar. Lo hacían desde el momento en que podían sostener una aguja entre los dedos sin pincharse.

Por eso Emilia bordaba y bordaba a la espera del casamiento con el hombre que eligiera su papá, don Ecuménico.

Padre ya le había echado el ojo a un candidato. Comerciante y adinerado, eso era lo fundamental. Blanco, ninguno de sus antepasados había sido negro ni hereje. Buena edad para casarse puesto que le llevaba a la niña solo veinte años. Un hombre de juicio. Algo feúcho, es cierto. ¿Pero a quién le interesa que el esposo sea lindo?

Emilia se enteraría cuando Padre tomara la decisión, no antes de los tres o cuatro días previos al matrimonio. Ella no tenía por qué saberlo de antemano. Ecuménico decidía y «a otra cosa,

mariposa», como decía la vieja expresión cuando se quería terminar una conversación innecesaria. Él no cambiaría de opinión. Creía saber perfectamente qué le convenía a la muchacha, ¿a qué discutir?

Hacia poco, sin embargo, una audaz quinceañera del barrio se había atrevido a decir que no a su papá. ¡Para qué!, un escándalo. El asunto era la comidilla de las señoras que se decían a sí mismas «decentes».

Una tardecita como tantas, Emilia estaba sentada en su silla, absorta en su bordado, como siempre. Se entretenía con el runrún de la charla de las vecinas que habían acudido en tropel a la tertulia que presidía María Natividad. No paraban de chismorrear. Parecían gallinas que hubieran puesto un huevo.

—Coc co co coc —cacareaba una de ellas, indignada—. María Josepha se le plantó al padre, vaya desvergonzada. Con todo desparpajo, declaró que se había «enamorado»...

El término sonó como un pistoletazo, «enamorado» era casi una mala palabra. Las muchachas no tenían pasiones, a lo sumo podían sentir inclinación por alguien. Siempre con el consentimiento paterno, desde ya.

—¡Chss —pidió la abuela, poniéndose el dedo índice sobre los labios—, que la niña oye!

Disimuladamente, Emilia corrió un poquito la silla para escuchar mejor. Era toda oídos.

—Ena-mo-ra-da, así nomás —deletreó la doña para que la chica no entendiera—. Se negó redondamente a casarse porque, así dijo, estaba ena-mo-ra-da, vaya descaro. Y eso que el hombre es un gran partido. Viudo, noble. Dinero, le sobra...

—Me dijeron que le lleva treinta y cinco años —interrumpió María Natividad—. Va a enviudar pronto, la mocita.

—¿Y qué? Mejor.

—Además, es un poco... bruto, digamos... —insistió la abuela.

—¿Y qué?

Se ve que las señoras estaban dispuestas a cerrar los ojos a la evidencia de que esa era una forma injusta de arreglar los matrimonios. Todas se casaron con hombres a los que no habían elegido. Y que, quizá, no hubieran escogido por sí mismas. Es más, una de ellas (no vamos a decir quién) se matrimonió a regañadientes con un anciano gotoso pero, eso sí, con dinero del bueno.

—A mí me contaron que María Josepha, después de que su padre le prohibiera ver a su pretendiente, se encontraba secretamente con el muchacho —terció otra señora, conocida por su lengua de víbora, maliciosa como ella sola.

—¿En serio?! —corearon las doñas.

Acercaron sus sillas. Imperceptiblemente, también Emilia arrimó la suya. Hasta la negrita que cebaba mate paró las orejas como un perro alerta.

—Sí, el muy atrevido se hacía pasar por un vecino que iba a pedir agua del aljibe, se metía en el fondo y tonteaba con la niña. En cierta ocasión, se disfrazó de vendedor de perdices. Un diablo, el mozo.

—Yo los he visto en el atrio de San Francisco, tomaditos de la mano —dijo una señora que tenía fama de poco creíble, por no decir mentirosa.

—En misa de once —agregó—, a plena luz del día. Bien juntitos.

—Lo conozco —comentó María Natividad—, es un muchacho muy apuesto. Rubión, el pelo finito... Como los ingleses, ¿vio? Los ojos azules. Tiene una mirada como triste, encantadora. Y el uniforme de marino de la Real Armada le queda que ni pintado.

—Un insolente —cloqueó la que tenía al lado—. Tuvo el atrevimiento de pedir la mano de la niña aun después de que su padre tenía el matrimonio arreglado con quien le convenía. Como si los sentimientos valieran más que los intereses de la familia.

—Yo no conocí a mi marido hasta que papá nos presentó como comprometidos —añadió—. Y soy muy feliz...

Se hizo un silencio incómodo. Quién sabe cuántas de ellas eran realmente felices en sus matrimonios concertados sin consultarlas previamente.

En eso entró la negrita con el quinqué. Eran las

siete, el sol ya se iba rodando por el cielo. El día se había quedado huérfano de luz.

La luz diferenciaba claramente a los porteños. Los más pobres eran tempraneros a la fuerza. Se iban a la cama cuando el sol se ponía porque ya no tenían más velas, que eran bien caras. A los ricos los días les duraban más: sus lámparas de aceite eran pequeños solcitos en la casa.

—Y, dígame, doña, ¿qué pasó con María Josepha?

—Fue a parar de cabeza a un convento. Allí aprenderá a coser, zurcir y bordar hasta que demuestre que ya no se le ocurren tonterías de chiquilla.

—¡Bien hecho! —coincidieron las devotas señoras.

En la ciudad todos sabían que, en las noches de luna, el galán recorría la tapia del convento a caballo. Lo hacía una y otra vez. Por momentos, se paraba sobre los estribos y estiraba el cuello. Se ilusionaba con ver a la niña asomada tras el muro.

Después de que Emilia escuchaba estas historias de muchachas inconcebiblemente desobedientes, solía mirarse en el espejo del cuarto de la abuela. Al hacerlo, le parecía que sus ojos la miraban desde el cristal.

—Los ojos de tu madre —decía María Natividad, contenta de encontrar en su nieta los rasgos de su hija.

Ojos color del tiempo: verdes tirando a limón verde si les daba el sol, grises si no. Como Madre, quería creer su única hija.

El espejo la miraba y él, que había visto tantas imágenes, sentía que esos ojos tenían un no sé qué. Una mirada que dejaba marca.

Emilia se aburría en su silla. Entonces vagaba por la casa. Prefería las primeras horas de la tarde, cuando todos dormían la siesta. Había una gran quietud. Sin embargo, las cosas parecían vivas. Había ruiditos que habitualmente no se oían. Las maderas del armario crujían. La olla panzona de la cocina escurría gotitas pequeñísimas.

A medida que el sol iba rotando, las sombras de los muebles se alargaban, como si quisieran huir. Las cortinas infladas con la brisa jugaban a los fantasmas.

En ocasiones, la niña se sentaba en la sala en la que comían. Se quedaba mirando las sombras de la mesa larga, la sombra danzarina de las sillas.

Los criados disponían las sillas en un orden riguroso. Geométrico. Con todo cuidado las formaban como si fueran soldados, parecía que las alinearan con una regla gigante. Derechitas, con el respaldo recto como hacen los asientos educados. Las ponían próximas unas a otras, pero a determinada distancia, la misma, todas parejas.

Pero no eran iguales. La silla de Padre tenía el respaldo forrado con cuero labrado a martillo, era la única que tenía esos arabescos. Era la más grande, más bien un sillón. Y, lo más importante, estaba

situada en la cabecera de la mesa. Desde allí, el patrón de la familia dominaba a todos con la mirada.

Cuando se sentaba para presidir las comidas, el sillón-trono crujía levemente. Como si se quejara bajo su peso imponente. Eso le causaba una íntima satisfacción, como si ese crujido fuera una confirmación de su propia superioridad.

No es que fuera gordo, sencillamente era inmenso. Las puertas le quedaban chicas. La cuchara o el vaso, cualquier cosa parecía pequeña entre sus dedos gruesos. También parecían pequeños los demás. Hasta María Natividad se empequeñecía (eso le parecía a Emilia) ante su presencia.

En definitiva, Padre era eso: un padre con mayúscula.

Sentados a la mesa, los chicos no podían decir nada sin su permiso. Y, si se dirigían a él, lo llamaban respetuosamente «Vuestra Merced». «Sí, Vuestra Merced; no, Vuestra Merced».

No es casualidad que lo llamasen de ese modo. «Vuestra Merced» es algo así como el «Vuestra Gracia» con el que los vasallos suelen dirigirse al rey, rodilla en tierra, sombrero en mano. Tal vez por eso la silla paterna fuera más grande que la de los demás comensales.

A Emilia no se le ocurriría jamás tratar a Padre sino como a «Vuestra Merced». Le habían enseñado que tutear era algo que uno hacía solo entre pares; entre semejantes, como se trataban los chicos entre

sí. O hacia abajo, hacia los inferiores: los señores tuteaban a sus esclavos y a sus sirvientes, pero un chico no tuteaba a los mayores.

Como fuere, al tocar la campana de las dos de la tarde, puntualmente, la familia tenía que estar sentada a la mesa. Parecían relojitos. Eran relojitos: se sentaban siguiendo el sentido de las agujas de un reloj. En la cabecera, Padre; las doce, el que marcaba las horas. A su derecha, la una, la abuela María Natividad, la de más edad. A las dos, Salvador, el hermano mayor. A las tres...

Emilia siempre se sentaba en su silla, callada, con las polleras alisadas y las piernas juntas. Sus hermanos se sentaban ocasionalmente en su silla para burlarse de ella. Pero lo hacían a horcajadas, con las piernas abiertas, masculinas.

No había ninguna silla en la otra cabecera de la mesa. Ese vacío hacía recordar a la mamá, que ya no estaba con ellos.

